

También en el norte hace aire... Localismo y diversidad cultural en la creación literaria del norte mexicano

Gerardo Cornejo*

Algunas advertencias iniciales

El enfoque "literario-geográfico" del fenómeno de la diversidad cultural en la región

De los variados puntos de vista, acercamientos o enfoques desde los que se aborda el gran tema de la diversidad cultural en el II Coloquio del Centro de Estudios Históricos de Región y Frontera, se me asignó el de "La visión de los escritores". Advierto por eso, que me concentraré en la parcela literaria de una región cuya diversidad cultural ha sido marcada por una visión centralista que la ve, desde lejos, como una gran extensión geográfica y culturalmente homogénea que convive con su tradicional barbarie. Es por eso que entre nuestras obligaciones como productores de cultura, está cambiar esa visión internándonos en alguna de las expresiones culturales como, en este caso, la visión literaria y, más específicamente, la narrativa de esta vasta región.

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos de Región y Frontera de El Colegio de Sonora. Obregón 54, colonia Centro, C. P. 83000, Hermosillo, Sonora, México. Teléfono (662) 259-53-00. Correo electrónico: gcorne@colson.edu.mx

Pero hablar sobre la narrativa contemporánea en el norte mexicano no es poca cosa, porque el multicitado norte es una vastedad dilatada que a pesar de esa aparente homogeneidad que le atribuyen, presenta una variedad de singularidades que hacen que las manifestaciones literarias hayan tenido un desarrollo disparejo en cada una de las subregiones septentrionales. Por eso, antes de recurrir a las generalizaciones típicas con que se pinta desde afuera, hay que preguntarnos a cuál de los nortes de México nos referimos y luego contestarnos: "dame un 'norte' y te daré una literatura distinta". Porque la narrativa generada en la ondulada región de viñedos que mira al Pacífico desde las Californias, no tiene mucho que ver con la que surge de las verdes y tibias praderas golferas de Tamaulipas; ni la creación engendrada en las cumbres y barrancas planetarias de la Sierra Madre dará frutos narrativos semejantes a los surgidos en las planicies oceánicas de Chihuahua y Coahuila; ni lo que se escribe en las zonas industriales de Nuevo León tendrá mucho que ver con lo que se da a luz en los grandes valles sonorenses, donde todavía prevalece una cultura agropecuaria. Y luego habrá que agregar la dificultad de que en algunas de estas subregiones, los subgéneros de la narrativa andan todavía confundidos entre sí, ya que no se distingue claramente entre la narrativa de ficción y sus parientes cercanos el relato histórico, la crónica y la leyenda.

Por razones como estas, y porque en este trabajo no pueden incluirse los aspectos del entorno social, económico y político donde estas manifestaciones culturales se generan, es que tenemos que limitarnos a los enfoques preferentemente literarios. A esta circunstancia responde nuestra propuesta de decodificar este territorio desde un punto de vista diferente que nos lleve a una nueva...

Aproximación territorial

El norte paralelo

Ubicándonos entre los paralelos 24 y 33 grados latitud norte, podemos acomodar, más o menos, las entidades federativas que constituyen la gran región norteña. Estamos hablando de Baja California, Sonora, Chihuahua, Durango, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas (mirando del noroeste al noreste). Estamos hablando también de un millón de kilómetros cuadrados determinados por tres factótums geográficos -desierto, montaña y mar-, acosados por una sequía recurrente.

Me quedo, pues, con el enfoque literario de la región y refiero el socio-económico y político a la consulta de los innumerables trabajos de ese tipo que se encuentran diseminados en toda su extensión. Por eso nos centraremos aquí en lo que tiene que ver de manera directa con su literatura y, concretamente, con su narrativa. Y desde este punto de vista, repito, es desde el cual uno empieza a notar las diferencias y las especificidades. Y a base de adentrarse en la lectura de los textos, uno va dándose cuenta de que, horizontalmente, esta extensión "paralela" puede subdividirse en lo que llamaremos: "el norte fronterizo" y el "norte interior".

El norte fronterizo

En esta dimensión se produce la llamada "narrativa de la frontera" que muestra, de entrada, características muy propias como ser una literatura frecuentemente centrada en lo limítrofe, lo liminal, lo divisorio. Pareciera que le cuesta mucho despegarse de su calidad de umbral, de su inevitable realidad de zona de paso y conflicto, de su calidad de lugar de encuentro y desencuentro donde va a realizarse el abundante sedimento demográfico de quie-

nes no pudieron seguir hasta el otro lado y se quedaron frente a la raya de una manera temporal que luego se convierte en definitiva. Miguel Méndez, por ejemplo, es uno de los autores que ha recreado en su narrativa este conflicto y lo ha transfronterizado en sus personajes migrantes y perseguidos. En este sentido, la narrativa de la frontera es dueña de un espacio propio, un entorno exclusivo y una problemática muy suya que la refiere intermitentemente a la identidad de nuestro lado de la línea y la otredad que le queda enfrente. Por eso los personajes de Luis Humberto Crosthwaite son criaturas marginales que bregan en una vida de barriada limítrofe en la que se mezclan estas dos realidades.

Al mismo tiempo, esta narrativa mantiene un parentesco, consciente o no, con su otro yo en el que se espeja al otro lado de la línea: lo chicano. Es decir, con lo que hay de suyo allí enfrente; con lo que queda de propio en los territorios perdidos. No en vano los temas de estas dos literaturas son tan parecidos y recurrentes siendo a la vez tan distintos. Parecen ser algo así como dos chícharos de la misma vaina pero divididos por una membrana intermedia. Eso explicaría por qué los personajes de Ricardo Aguilar son seres encabalgados en esos dos mundos y saltan del uno al otro con la naturalidad de "Pedro por su casa". Y todo eso es posible gracias al auxilio de un lenguaje marginal y bilingüe que se inventa sobre la marcha y se vale de los dos idiomas nacionales, según le conviene y acomoda.

Diríase entonces que es una narrativa que en sus obras más representativas parece llevar sellada en la frente la gran "F" de frontera. Es posible también que la falta de una tradición literaria añeja, como la del centro del país, contribuya a este fenómeno y que sólo su desarrollo posterior pueda darle el asidero y el punto de apoyo que le permita desprenderse de su autorreferencia y su calidad de narrativa nueva y emergente.

Otra de sus singularidades podría ser su desapego y alejamiento de la literatura del centro del país, con la que ha guardado, por mucho tiempo, una larga distancia y una lejana relación. Esto, por cierto, ha empezado a cambiar recientemente, como lo describe y desempapela al aire y desde su motocicleta José Francisco, un personaje singular de *La frontera de cristal* de Carlos Fuentes (1995).

El norte interior

La faja fronteriza parece diluirse a unos 250 kilómetros al sur de la línea divisoria porque allí la narrativa parece ser otra cosa, aunque guarde similitudes innegables con la fronteriza. En ella se impone recurrentemente el componente geográfico. Pero no como mero escenario ni decorado de fondo, sino como entidad participante y, a veces, como personaje protagónico. Por eso es una narrativa de desierto (en obras de Daniel Sada, Ricardo Elizondo, Jesús Gardea por ejemplo); de montaña (de Carlos Montemayor, José Vicente Anaya, Gerardo Cornejo); y de mar (como en Guillermo Munro, Dámaso Murúa, Edmundo Lizardi). Vale decir que esta literatura personaliza el entorno natural y lo hace intervenir como componente vital. Se trata, pues, del norte oriundo y profundo, no del fronterizo.

Por otra parte, se evidencia como una narrativa más variada en su temática ya que cubre, como lo veremos más adelante, una gama muy rica de temas que van desde los problemas sociales hasta las inmersiones góticas, pasando por los conflictos localistas, las entretelas pueblerinas, el realismo mágico, los intentos de evasión, de experimentación lingüística, etcétera. Es probable que la diversidad de temas de esta narrativa y su paulatino alejamiento de la referencia a sí misma se deba a que cuenta ya con una tradición literaria que, aunque no muy añeja, ha legado contribuciones muy importantes al acervo lite-

rario de la nación con autores como Alfonso Reyes, Edmundo Valadés, Francisco Urquijo, Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Mauricio Magdaleno, José Revueltas, Nellie Campobello, entre otros, y que cuenta con muchos valores actuales que, con base en su calidad, empiezan a ser reconocidos en el ámbito nacional.

Se trata, pues, de una literatura que, siendo regional, aspira a ser parte de la nacional; a reconocerse en la gran totalidad mexicana y hacer una aportación a ésta como lo hicieron sus antecesores recién mencionados. Es decir, se trata de una narrativa que mira más hacia el sur que hacia la frontera, o sea hacia la identidad multirregional, multicultural y multiétnica reconocida como mexicanidad. Su lenguaje es el de “lo nacional” y en éste se expresa plenamente (sin necesidad de componentes lingüísticos ajenos, como la fronteriza), agregándole la contribución regional que lo enriquece y diversifica.

Ni duda cabe que entre estas dos narrativas hay entrecruzamientos riquísimos y singularidades señaladas por estudiosos como Humberto Félix Berúmen (2003), pero creo que las especificidades señaladas al vuelo aquí pueden contribuir en algo al deslinde de las dos dimensiones “paralelas”.

El norte meridiano

Y luego están las tres dimensiones “verticales”, es decir, meridianas, que se presentan ante nosotros llenas de referencias culturales, geográficas y lingüísticas que permiten distinguir claramente a un autor del noroeste de uno del nortecentro y otro del noreste. A veces las señales ocultas emitidas en sus textos sólo pueden ser captadas por los lectores nativos de cada una de estas tres subregiones. Así, un cuento “tropical-tampiqueño” de Ramírez Heredia o Arturo Castillo nos remite a un norte verde tamaulipeco

que nada tiene que ver con el norte amarillo de Gardea, Sada o Elizondo, ni los de éstos tienen mucho parentesco con las narraciones montañosas de Rascón, Montemayor, Anaya y Cornejo, ni las historias marítimas de Munro, Terán, Lizardi o Dolujanoff.

Y, además, están las hablas locales, tan distintivas de cada una de estas longitudes que sólo los lectores oriundos disfrutan plenamente.

Esta propuesta de subdivisiones de la región no responde sólo al capricho de quien esto escribe, sino que están dadas por determinantes geográficas inmutables como la Sierra Madre Occidental, que la recorre entera por el Pacífico, la Sierra Madre Oriental, que la surca por el Golfo de México, y (rodeándolas y sitiándolas) las vastas extensiones de desiertos omnipresentes y dominantes. En otras palabras, estamos situados en las latitudes de la sequía, donde es tanta la falta de lluvia que hasta los cauces se olvidaron de su oficio; en extensiones salpicadas de serranías pétreas y calcinadas; en llanuras donde ha triunfado la piedra sobre la planta; en espacios reverberantes sobre los que resbala la mirada. Es decir, en territorios de sed donde las nubes huyen para no ser disueltas por un sol demencial. Terrenos donde los arco-iris escapan hacia las sierras altas y aisladas. Estamos, pues, contemplando el resultado de 30 millones de años de lenta mortalidad geológica y de incontenible avance desértico; en el “despoblado” de cacto y espina donde se nombra a los escasos y dispersos pueblos con apelativos irónicos (como Charcos de Risa, Última Agua, Espejo Fresco, Agua Chiquita, etcétera) y donde se miden las distancias por el consumo de botes de cerveza; donde desaparecen los rumbos porque las dunas se mueven con los vientos y los espejismos tiemblan a lo lejos; donde los valles, costeados de sequedad, se agrietan y los lagos se petrifican en sal; donde los cráteres se identifican como los “Jardines del Diablo” y donde se puede sentir la marcha de la arena.

Y luego está un clima de reptiles cuyo fognazo enceguecedor orilla a humanos y bestias a pelearse por un pedazo de sombra...

maldición tórrida,
fiebre de más de cuarenta grados centígrados
que dura seis veces treinta días
treinta veces veinticuatro horas...

¡Ahh... pero también está el mar! Un Pacífico frío en las Californias, un Golfo Nostrum en Sonora y un golfo de todos los mexicanos en la Tamaulipas huapanguera. Habrán de admitir pues, que resulta sorprendente que en esta brutalidad geográfica se albergue la rica diversidad cultural que enseguida describiremos.

El localismo popular regional

El manantial colectivo "iletrado"

El imaginario popular, libre de las amarras formales y la instrucción académica, ha sido desde siempre la inagotable fuente colectiva donde se genera la mayor producción de manifestaciones culturales espontáneas de esta región. Nos referimos a casos como la literatura oral, surgida "desde abajo", que es mucho más que folclor y artesanía. Se trata de una cultura "base" que brota de las raíces mismas de la población y que es reproducida y transmitida por la memoria colectiva, que la pasa de generación en generación sin necesidad de plasmarla o registrarla en los signos escriturales. Por eso es que carece de autores individuales y se alimenta de una "creación compartida" cuyos veneros más conocidos son: los refraneros de barrio; los copleros de pueblo, los cancioneros de cantina; los corridos testimoniales como "La cárcel de Cananea", "El

moro de Cumpas", "El Señor de los Cielos", "El corrido de Malverde", y muchos otros corridos tradicionales a los que hay que agregar la nueva oleada de corridos "narcos" de nuestro momento; los cuentachistes placeros (en estas latitudes cada plaza del pueblo cuenta con sus indispensables "desocupados-calientabancas-mitoteros"); los mentideros de "pueblos de banquetas altas" (donde "cuelgan los pies" los mentirosos tradicionales); los antifilósofos lugareños (cuyo caso más representativo es el del afamado "Filósofo de Güemez") y otros personajes que aportan su producción imaginativa y fantasiosa a las corrientes inagotables de la creación compartida.

La creación "culto-letrada"

Por otro lado está la creación de obras literarias con propiedad intelectual y derechos de autor registrados, recogida en forma de libros y distribuida por la nervadura de canales del sistema libresco regional (y a veces nacional), registradas por el sistema bibliotecario institucional, y aceptadas como el acervo literario reconocido y valorado.

Sin embargo, es costumbre también en esta región, que algunas de estas obras sean incorporadas al conocimiento popular por recitadores espontáneos, declamadores "oficiales" y repetidores memoriosos que se aprenden poemas completos como "La locura" de Alfonso Iberry, "Nocturno a Rosario" de Manuel Acuña, etcétera, así como fragmentos enteros de novelas cuya acción narrativa se desarrolla en algún lugar de la región, como *Lola Casanova* de Rojas González, *El Güilo Mentiras* de Dámaso Murúa, *La sierra y el viento* de quien esto escribe y muchas más consideradas como "literatura norteña" aunque no lo sea tanto.

Pero ¡ayy...! También padecemos en esta región...

La literatura de consumo

Esta literatura invade el mercado norteño de lectores mediocres y lectores de consumo. Se trata de una literatura "light" de comprar, leer aprisa y tirar (como la envoltura de un *hot dog*), ya que carece de calidad y por tanto de permanencia. Esta subliteratura responde a intereses de clases dominantes que transmiten por este medio sus valores y maneras de vida "desde arriba". Me refiero a un fenómeno no sólo comercial sino idiosincrático que trasmite sus "mensajes" digeridos como valores sociales establecidos.

Los vehículos de este "subproducto" editorial son múltiples y en esta región repiten a los nacionales, así que estamos refiriéndonos básicamente a los medios de comunicación de masas, las casas editoras de "pasquines", los libros de "superación personal", los espectáculos multitudinarios de cantautores y gruperos, los concursos de belleza (locales, municipales, estatales, regionales...), etcétera. ¡Ah!, y la comunicación (que no la respiración) de boca en boca.

Y, en el mentado norte mexicano, los resultados de esta industria de la mediocracia prevalente y dominante son devastadores y pueden resumirse en unos cuantos pince-lazos:

- El predominio de la mentalidad ágrafa (cuyas únicas lecturas son las descritas en el párrafo anterior), incapaz de disfrutar de la lectura de imaginación, inventiva y placer.
- El predominio de los no-lectores, los malos-lectores y los refra-lectores.
- La enajenación masiva con su secuela de incapacidad para pensar de manera independiente, analítica y creativa.

- La generalización de las tres “enfermedades culturales” epidémicas en el norte mexicano: La “gringofilia pueril” (aceptación acrítica e imitativa de lo que venga del norte), el “antisurismo visceral” (rechazo ignorante de lo que venga del sur) y el regionalismo refractario (creencia de que “lo nuestro es lo mero bueno”).

Pero, afortunadamente, también tenemos...

El componente indígena

...amalgamado por algunas “culturas de resistencia” que defienden sus manifestaciones culturales con las uñas y una persistencia casi heroica contra el predominio avasallador de la cultura dominante esbozada en el apartado anterior. Algunos casos excepcionales de esta resistencia los constituyen culturas como la yaqui, rarámuri, pápago y no muchas más.

Por otro lado, persisten precariamente nuestras culturas subordinadas que han sido “integradas” a la “totalidad nacional” y cuyas posibilidades de sobrevivencia apuntan directamente hacia la extinción.

Pero aún así, estas etnias no han dejado de marcar su huella en el concierto de la diversidad cultural de la región. Desafortunadamente, sus expresiones literarias han sido poco estudiadas y las obras que las han recogido permanecen escasamente difundidas. ¡Peor para nosotros que nos estamos perdiendo de su mágica visión de la existencia humana! ¡Vean, pues, cuánta diversidad cultural en una sola región de regiones geográficamente ubicada!

Porque resulta que...

También en el norte hace aire... (o la diversidad literaria norteña)

La literatura del "norte interior"

Y digo que "también en el norte hace aire" porque en el medio hostil que hemos descrito está ocurriendo actualmente una especie de cosecha literaria que sorprende. ¿Cómo se explica esta suerte de contradicción? Adelantaremos aquí unas cuantas opiniones acerca de este fenómeno que puede esquematizarse con algunos ejemplos evidentes como: la apertura de escuelas de Letras en las universidades de la región durante las últimas décadas; la fundación de varios centros de investigación científica y humanística; la proliferación de institutos estatales de cultura; la implantación de programas federales de promoción cultural, de premios, concursos y apoyos a las artes; el retorno a la región de escritores y artistas atraídos por esas instituciones; la promulgación de legislaciones específicas sobre el desarrollo cultural en el área y..., sobre todo, la fuerza expulsora de la gran centro-capital del país que antes succionaba estos recursos intelectuales de la provincia norteña.

Y dejemos este asunto solamente esbozado, ya que la gran dificultad para completar el panorama, vuelo o paseo por la narrativa del norte, es que carecemos de un sistema de clasificación aceptado que agrupe las obras producidas en la región, así como de criterios para ordenarlas y consultarlas. Es por eso que propongo, por lo pronto, tres grandes agrupamientos de escritores sin otro fin que brindar una visión general de la producción narrativa presente en la región.

Palabra sin tiempo

La primera agrupación propuesta sería aquella que reúne a los autores cuya obra narrativa ha alcanzado un lugar prominente en el ámbito nacional y que puede ser considerada como aportación al acervo general de la literatura del país. Otra característica sería que haya alcanzado reconocimiento general en este ámbito y haya sido recogida en publicaciones especializadas, anales críticos y antologías del género. Se trataría pues, de obras que hayan sobrevivido a las modas, las temáticas circunstanciales y que hayan permanecido, a pesar del tiempo, en el gusto y recuerdo de los lectores.

Arrancando de estas premisas, propondríamos, a manera de ejemplo, los nombres de varios autores (no hay espacio para enlistar sus obras) remitiéndonos al buen juicio de quien lea esta propuesta y quiera contribuir con su mejor opinión acerca de quienes incluimos o excluimos: Edmundo Valadés de Sonora, Martín Luis Guzmán y Heriberto Frías de Chihuahua, Nellie Campobello y José Revueltas de Durango, Julio Torri, Francisco Urquijo y Rafael F. Muñoz de Coahuila y Alfonso Reyes de Nuevo León.

Palabra contemporánea

Buena parte de los autores que agruparíamos aquí cuentan con obra impresa, en forma de libro, y publicada por editoras nacionales que tienen una distribución amplia en el país. Es decir, se trata de escritores que han logrado reconocimiento más allá del ámbito local o estatal; que han pasado la etapa de las publicaciones locales de distribución limitada y que cuentan con referencias críticas a su obra en ensayos, artículos, reseñas, antologías y trabajos publicados en revistas literarias especializadas, suplementos culturales nacionales y libros de circulación general. Siguiendo

otra vez la enumeración ilustrativa y por estados (de noroeste a nortecentro y noreste) mencionaríamos a: Federico Campbell, Luis Humberto Crosthwaite, Daniel Sada y Rosina Conde de Baja California; Miguel Escobar, Luis Enrique García, Armida de la Vara, Sergio Valenzuela, Óscar Monroy y Gerardo Cornejo de Sonora; Jesús Gardea, Carlos Montemayor, Víctor Hugo Rascón, Ignacio Solares, Armando Chacón y Alfredo Espinoza de Chihuahua; José Amparán, Magdalena Mondragón y Magdalena Cárdenas de Coahuila; José Alvarado, Adriana Roel, Abraham Nuncio, Eduardo Parra, Ricardo Elizondo, Raúl Rangel Frías, y Hugo Valdés de Nuevo León; y Arturo Castillo, Rafael Ramírez Heredia y Guillermo Lavín de Tamaulipas.

Palabra nueva

Se trata aquí de autores que todavía no cuentan con obras publicadas en editoriales nacionales de distribución amplia, sino que han dado a conocer sus textos por medio de ediciones locales de distribución limitada.

Por esta razón, la difusión de estas obras está todavía circunscrita al ámbito local, estatal o, cuando mucho, regional. Enumeramos por ejemplo a: Roberto Castillo, Luis Basabe, Juan M. di Vela, Edgar Gómez, Raúl Antonio Cota, Marco A. Samaniego, Raúl López Hidalgo, Ramón Cuellar de Baja California; Greco Sotelo, Jesús A. Villa, René Amao, José Terán, Margarita Oropeza, Abelardo Casanova, Carlos Moncada, Ernesto García, Fortino Sicairos, Conrado Córdova, Rodrigo Tena, Lauro Paz de Sonora; Wilibaldo Ramírez, Marco A. Chávez, Mario Lugo y Enrique Macín de Chihuahua; Jesús de León, Mayela González, Mireles Charles y José Salinas de Coahuila; Humberto Salazar, Gabriel Contreras, Dulce María González y Sergio Cordero de Nuevo León; y Antonio Delgado, Luis Cuan, Carlos González, Carmen Quiroga, Altair Tejeda de Tamaulipas.

Habría que insistir de nuevo en que estas listas no pretenden ser, de ninguna manera, exhaustivas, sino sólo un ejemplo, y que sin duda han quedado fuera muchos autores cuya obra no ha registrado todavía quien esto escribe.

La literatura fronteriza

La literatura de frontera es otro cantar, ya que tiene sus propios retos y características particulares que la distinguen de la del norte interior.

En primer lugar, podemos señalar su cercanía a la otredad cultural que encara al otro lado de la frontera, que le impone una situación de interrelación y enfrentamiento que no puede ignorar, y marca su temática de manera recurrente. Como si para afianzar su identidad tuviera que espejear irremediablemente la presencia “ajena” que tiene enfrente y que la obliga a privilegiarla como punto de referencia.

Otra de sus características identificatorias es su lejanía de la cultura “nacional” del centro del país, con el que mantiene relaciones distantes y esporádicas que la marginan de la “totalidad” literaria mexicana. Esta relativa lejanía la ha marcado por mucho tiempo relegándola a una marginalidad casi periférica. Asimismo, podemos señalar el uso de un lenguaje mixto que recurre no sólo a los dos idiomas que allí se hablan, sino a las mezclas inevitables y las “recomendaduras” lingüísticas que casi constituyen una tercera lengua todavía en formación (llámese *spanGLISH*, *englishspan* o lo que se quiera).

Finalmente, está la hibridación cultural resultante de su convivencia cotidiana con la cultura estadounidense de la que adopta modos de vida, conceptos y enfoques en los temas que trata. En otras palabras: otredad cultural al norte y lejanía cultural al sur.

La literatura chicana

Esta literatura se cuece aparte ya que ha evolucionado lentamente hacia una identidad que todavía está en formación. Por lo pronto, podríamos reconocerle una primera etapa durante la cual se concentró en temas recurrentes como el de "la raza", que la confinaba a la búsqueda constante de una identidad propia dentro de otra identidad "*all american*", que a su vez la cercaba y asfixiaba irremediablemente. De allí la angustia de sus personajes y la necesidad de agarrarse a su origen étnico.

Otro tema recurrente fue el nacionalismo guadalupano, lleno de simbolismos gráficos y referencias al remoto origen indígena externado en la adulación fanática de la Virgen del Tepeyac y en la adopción simbólica del mito de Aztlán.

Un tema recurrente más lo constituye cierto grado de autodenigración y resentimiento contra la cultura "*WASP*", que aplastaba a las comunidades de origen mexicano.

Pero la creación literaria chicana pronto remontó esa primera etapa para entrar en la autovaloración, a través de temas y formas de expresión nuevas que la llevaron a una concepción diferente de su propia identidad cultural, y a entablar una relación distinta con la cultura sajona circundante.

Como que se reinventó a sí misma en la "*mexamérica*" o el "*amer México*" que necesitaba.

La diversidad cultural nacional

La elíptica vital del escritor norteamericano

Lo que hemos señalado en párrafos anteriores, acerca de lo que parece necesitar la narrativa norteamericana en su conjunto, resulta aplicable a los narradores en lo individual. Es

un hecho ya histórico que si los escritores provenientes de esta región queremos alcanzar alguna formación como escritores y, sobre todo, si queremos acceder a los beneficios del centralismo cultural del país, hemos de realizar una elíptica vital, que inicia su arco desde nuestra tierra nativa hacia el centro, antes de regresar a su punto de partida. Hasta hace muy poco, publicar en la región norteña era casi equivalente a estar inédito. Lo mismo sucedía con las posibilidades de distribución de las obras y su difusión. Esto implicaba una falta absoluta de reconocimiento nacional y una imposibilidad de lograr aunque fuera un prestigio limitado como autores. Afortunadamente, esto ya no es tan absoluto en los últimos años, pero continúa siendo válido en gran medida y es lo que obliga al escritor a realizar la elíptica descrita. Y otra vez tengo que ponerme como un caso típico de esta experiencia orbital que, más o menos, sucede así:

Sales de tu terruño primigenio. Es decir, del “lugarcito aquel” que puede ser el rancho, el mineral, la aldea o el pueblo, y llegas a la pequeña ciudad donde recibirás tu primera instrucción formal y harás tu primer gran descubrimiento: la lectura. Y ésta te iluminará el resto de la vida. Ya eres provinciano.

Continuarás hacia el gran país, es decir, harás tu viaje hacia el sur, que será como un viaje hacia tí mismo porque allí descubrirás tu nación multiétnica, multirregional y multicultural. Y eso te fascinará para siempre. Y entonces sabrás por qué dicen que “el sur baila, el centro piensa y el norte trabaja”. Y concluirás que tú eres nativo del norte, pero eres del centro y te seduce el sur. Ya eres nacional.

Te marcharás hacia el mundo e irás a enfrentarte con la vida a mundo abierto y pecho desnudo. Y no habrá

meridiano o paralelo que omitan tus itinerarios. Vagarás cruzando latitudes con el polvo del Altar en las plantas, la espuma del Golfo en los ojos y el viento de la Madre Sierra en la mente. Habrás descubierto la latino-afro-americanidad. Ya eres ciudadano del mundo. Y desde esas perspectivas diferentes descubrirás la mezquindad de los regionalismos de tu tierra y redimensionarás tu manera de concebir el país y el mundo y tu manera de escribirlo.

Luego vivirás a fondo tu ser nacional y escribirás tus primeras obras. Te absorberá entonces la vida de dos jornadas: la profesional y la literaria. Y... y cuando ya la "hayas hecho" en ambas dimensiones, la ambición literaria te desatará el proceso mental del retorno a tu región para dedicarte de lleno (eso crees), a la escritura de lo que será tu obra. Este proceso, sólo emocional al principio, irá madurando gracias a la capacidad expulsora de la gran centro-capital que, con su maraña demencial cotidiana y su violencia incurable, te irá dando argumentos sólidos para concretar el retorno.

Y entonces trabajarás duramente la partida hasta que por fin, te convertirás en uno de los fugitivos de la locura, es decir de los que escapamos a tiempo después de haber vivido, sufrido y amado esa "pena capital" llamada Ciudad de México; de los que huimos antes de que ella empezara a devorar a sus hijos, a sus amantes y a sí misma; de los que aprendimos a amarla desde lejos.

Y regresarás a la región norteña a reencontrarte con "el lugarcito aquel", a recobrar la dimensión humana de la ciudad provinciana, la inmediatez de la realidad, la calidad y limpieza de la vida, la cortedad de las distancias urbanas y... y te reubicarás en tu territorio.

Pero también te enfrentarás de nuevo con las omnipresentes fuerzas de la contracultura; con sus tradicionales padecimientos idiosincráticos y su gran poder local. Y entonces tendrás que unirte y reforzar las filas de las “islas promisorias” de la educación, la ciencia y la cultura y... y en buena lid, ganarás, más bien entablarás, establecerás y presentarás la batalla.

Éste es el medio en que te debatirás como productor de cultura en el norte mexicano y en el que tendrás que desarrollar tu obra. Nacerán así tus nuevas criaturas artísticas porque tu formación como ciudadano del mundo, latinoamericano y ser nacional te protegerá contra el medio dominante. Por eso enseñarás, transmitirás y producirás, pero sobre todo, vivirás plenamente y te reconciliarás con tu ser originario.

Así, la elíptica vital se completa, se cumple y se cierra. Tal parece haber sido el destino de los escritores de mi generación originarios del gran norte mexicano.

Repito, actualmente las cosas han empezado a cambiar, pero sostengo que el viaje hacia el sur, hacia el centro, sigue siendo crucial para liberar al escritor norteco de los grilletes impuestos por el apabullante medio local. Por lo menos puedo asegurar que los que no lo han hecho, lo dejan ver a las primeras, ¡se les nota pues!

La gran nación

Una vez realizada la elíptica vital, el creador de cultura de la región norteco ya será dueño de la visión completa de la inagotable diversidad de un país multirregional, multicultural y multiétnico. Eso le permitirá convertirse a sí mismo en un beneficiario de esa multiculturalidad nacional y disfrutarla, vivirla y transmitirla generosamente. Ya fue pue-

blerino, provinciano, regional y capitalino, ahora es nacional y depositario de un acervo cultural variadísimo que puede ir enriqueciendo y amalgamando a medida que consolida su propio y personal crecimiento como creador de cultura.

Hay que recordar aquí, que este proceso no es sólo aplicable a los escritores literatos sino a la mayoría de los artistas de la región.

Y ya está listo para compartir esa riqueza con el resto del mundo, lo cual lo lleva a enfrentarse con la mayor diversidad de todas:

La diversidad “global”

Desafíos y peligros

Lo primero que encontrará en el ámbito cultural mundial globalizado será que éste está dividido en grandes zonas de influencia sobre las que se han impuesto visiones culturales que operan en contra de la diversidad cultural, ya que cada uno de los “poderes imperiales” trata de imponer su manera de vida en su región de influencia y subordinar las manifestaciones culturales de los países de su órbita, colonializando la expresión, producción, difusión y generación de la cultura por medio de su poder económico y su fuerza material. Esta situación resulta un contrasentido flagrante en un mundo globalizado donde la prevalencia de este pretendido “monoculturalismo” es una aberración anacrónica. “Si cada cultura es única, dice Raimón Panikkar (s.f.), no existen las súper-culturas”.

Un peligro o desafío que encontraremos en ese ámbito global serán las hegemonizaciones resultantes de las asimetrías en el desarrollo económico de las naciones que conviven y comparten el tiempo y el espacio mundial presente. Estos desequilibrios se materializan en industrias

culturales como el cine (dominado por poderes económicos como Hollywood) y los grandes consorcios que trafican con el arte.

Otro peligro-desafío está en la formación de verdaderos monopolios editoriales que se han tragado a las industrias editoras nacionales y las han fusionado en conglomerados que operan con políticas editoriales predominantemente comerciales, y que desfiguran y empobrecen el ámbito literario actual.

La invasión ultracomercial de la producción seudocultural de consumo constituye otra fuerza de la anticultura global que penetra campos como el de la literatura (con la producción masiva de publicaciones *light* de compra y tira; recetarios para ser feliz y tener éxito en la vida llamados de “superación personal”); comercialización de bienes culturales deformados, difusión profusa de basura televisiva, etcétera.

Un peligro más está en la homogenización de formas, estilos y lenguajes en las obras escritas con el fin de hacerlas más vendibles. En este caso, se llega a excesos como programar novelas prefabricadas con estructuras computarizadas, léxico “simplificado” y temas como violencia, sexo, drogas, etcétera, precontratados.

Y detrás de todas estas amenazas, peligros, desafíos y agresiones a la creación cultural de nuestro tiempo, está el interés permanente de imponernos una “igualdad” consumista global que dirija, explote y oriente a su manera la generación de bienes culturales. Y no hablo de una igualdad que significaría “todos igualmente tratados”, sino de una i-g-u-a-l-i-t-u-d que significaría “todos igualmente ensamblados”.

Ventajas

Y... después de lo que llevamos dicho, ¿será posible encontrar alguna ventaja en el reinado de la diversidad cultural

global de nuestro tiempo? Con ánimo de buscar lo positivo, parecería que hay algunas como las siguientes:

- La difusión y distribución de las obras artísticas y literarias en una dimensión global difícilmente alcanzable por otros medios que no sean los que usa la globalización. Vale decir: “publicas en tu provincia, en tu nación y en el mundo al mismo tiempo”.
- El enriquecimiento mutuo que traen la intercomunicación, la multiplicidad y la diversidad intercultural mundial.
- La apertura, producto del intercambio fecundo de las diferencias culturales.
- La complementariedad que se logra al “tomar de los otros lo que nos falta o lo que nos guste”, como dice García Canclini (2000).

¿Cómo entonces pueden equilibrarse los peligros, desafíos y ventajas de este fenómeno irreversible de la ultradiversidad cultural global? Hagamos un intento imaginando...

Las alternativas posibles

Las inviables

Parece que a estas alturas ya no nos queda más que enfrentar la situación y pensar en lo que tiene posibilidades de ser aprovechado y en lo que debe ser desechado.

Y para empezar, opinaría que la posición drástica de “rechazo predecido” de las manifestaciones culturales que vienen de fuera por ser ajenas, extranjerizantes, conta-

minantes y perniciosas, es insostenible en un mundo ya globalizado donde no es posible el aislamiento y la “pureza” de las manifestaciones culturales consideradas como propias.

Otra actitud que también parece inviable sería aferrarse al miedo de la otredad diversa y diferente, ya que concentrarse en la “mismidad” tradicional significaría empobrecerse y finalmente esterilizarse culturalmente.

El retorno y repliegue defensivo hacia “lo nuestro” parecería también una actitud negativa y contraproducente, porque implicaría cerrar la puerta al posible enriquecimiento que pueden aportarnos otras culturas. ¿Y entonces? Pues entonces hagamos un esfuerzo (ya inevitable) por imaginar alternativas que consideramos...

Las viables

Y en primer lugar yo pondría la de “hacer trampas”, o como dice Panikkar, “poner el ídolo detrás del santo”. Quiero decir hacer creer a los poderes dominantes que estamos aceptando y adoptando sus imposiciones, mientras que fortalecemos nuestras raíces y las cultivamos. Esto significa nada menos que afianzar nuestro autoaseguramiento. Vale decir: si conozco, amo, vivo y cultivo mi cultura propia, el contacto e intercambio con las demás no hará más que enriquecerme. Otra más sería delinear una política nacional para revalorar, conocer, promover, priorizar (sin tijeos presupuestales) el desarrollo de las culturas nacionales. Seguir el ejemplo de las otras grandes culturas que fueron colonizadas, invadidas y suprimidas por las potencias extranjeras, pero que una vez que se liberaron de éstas, recobraron la suya porque habían hecho “la trampa” sugerida al principio de este apartado. Me refiero a casos como Grecia, India, China e Indonesia. Adoptar una causa conjunta entre los creadores de cul-

tura para aprovechar la heterogeneidad, la diferencia y la desigualdad (otra vez García Canclini). Y finalmente, revalorar lo propio sin rechazar lo ajeno; reforzar nuestra "mismidad" sin desvalorar las otredades y... aprender a volar a mundo abierto.

Bibliografía

Berumen, Félix. 2003. Por las tierras áridas del norte... En *Púshale un cuento al piano*, compilado por Alfredo Pavón. México: Universidad de Tlaxcala.

García Canclini, Néstor. 2000. *La globalización imaginada*. México: Paidós.

Panikkar, Raimon. s.f. La diversidad como presupuesto para la armonía de los pueblos. Fotocopia de conferencia.

Sarabia, Leobardo. 1991. La cultura en la frontera norte. *Esquina Baja* (10/11): 49-56.